

Reseñas

CAROCHI, Horacio: *Arte de la lengua mexicana con la declaración de los adverbios della*. Edición facsimilar de la publicada por Juan Ruyz en la Ciudad de México, 1645. Estudio introductorio de Miguel León-Portilla. Serie, Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas, núm. 2. Instituto de Investigaciones Filológicas e Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1983. Introducción de LXXII pp. + reproducción facsimilar.

La serie «Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas», iniciada en 1982 con la edición del *Vocabulario Manual* de Pedro de Arenas, saca a luz su número 2: el *Arte de la Lengua Mexicana* del Padre Horacio Carocho.

Como es sabido, la obra del jesuita italiano tuvo su edición príncipe en 1645 (por Juan Ruyz, en México), y casi desde entonces gozó de merecido reconocimiento. Sin embargo, su Arte no será reeditado hasta 1759 (por la Imprenta de la Biblioteca Mexicana, en México), y lo será en forma de compendio, obra del también jesuita Padre Ignacio Paredes. Hay que esperar hasta 1892 (Imprenta del Museo Nacional, México) para encontrar una reimpresión de la edición príncipe, edición que es seguida de otras dos reimpresiones del compendio de Paredes (en 1902, Tipografía de A. Pardo, México, y en 1910, El Escritorio, Puebla). La historia editorial de esta obra se acelera en los últimos años: en 1979 se publica una edición facsimilar del compendio de Paredes de 1759 (editorial Innovación, México); en 1981, una reproducción facsimilar del Arte de Carocho según la edición de 1892 (Editorial Innovación, México); y en 1983, la reproducción facsimilar del Arte de Carocho según la edición príncipe de 1645, que es la obra que aquí comentamos.

Teniendo en cuenta la historia editorial de los últimos años, es preciso destacar las causas que han hecho necesaria esta última edición y las características que la hacen primar sobre las anteriores.

El *Arte de la Lengua Mexicana* del Padre Horacio Carocho es considerado, normalmente, como el último de los grandes artes coloniales, referentes al náhuatl clásico, que sean verdaderamente originales en sus planteamientos, que se basen sobre todo en una experiencia del náhuatl clásico como lengua viva y

que incluyan un tratamiento completo de la misma. Pero ante todo, el *Arte de Carochi* sobresale por su tratamiento excepcional de las características morfo-sintácticas del idioma, tratamiento que lo hace particularmente claro, ordenado y exhaustivo para el estudioso moderno. Más aún, la capacidad de Carochi para intuir las estructuras de la lengua, hacen que su obra sea especialmente útil para los estudios lingüísticos y filológicos contemporáneos. Si a esto añadimos que el *Arte de Carochi* es el único en el que la fonología del náhuatl clásico es tratada con amplitud y coherencia, que de por sí es el texto que incluye el mayor corpus léxico con indicación de las longitudes vocálicas y oclusivas glotales, comprenderemos por qué esta obra es el centro de referencia de la intensa investigación lingüística que en los últimos diez años se está realizando en torno al náhuatl.

Naturalmente esta investigación, minuciosa y detallada, precisa de un texto de la obra de Carochi lo más próximo posible a como salió de sus manos. Como desgraciadamente carecemos del manuscrito ológrafo, ese texto es el de la edición príncipe de 1645. Sin duda que la reimpresión hecha por el Museo Nacional en 1892 (reproducida en 1981) es una buena edición; pero, en ella, a los errores de imprenta de la edición príncipe hay que añadir los errores lógicos de la reimpresión. Tema que en lo referente a las anotaciones de las longitudes vocálicas y oclusivas glotales es particularmente delicado. Precisamente esto es lo que ha motivado la edición facsimilar que ahora comentamos. Con ella se rescata además un impreso mexicano ya muy raro, aunque es de lamentar que el ejemplar elegido para la reproducción estuviera tan apollado, a juzgar por las huellas y los blancos de la edición (obsérvese, por ejemplo, la parte inferior de las hojas del Libro Primero).

Si las notas anteriores son ya suficientes, desde mi punto de vista, para que esta nueva edición sea bienvenida y preferida, hay que hacer ahora referencia al estudio que del autor y la obra hace Miguel León-Portilla en la introducción.

Por sorprendente que pueda parecer, a pesar del reconocimiento que goza el *Arte de Carochi* y a pesar de su intensa utilización, *Arte* y autor no cuentan con estudios completos y sistemáticos sobre ellos. Este es el hueco que Miguel León-Portilla intenta cubrir. A grandes rasgos, su trabajo se divide en dos apartados principales: la biografía del padre jesuita y el análisis de su única obra impresa.

Hasta donde yo conozco, ésta es la primera biografía de Horacio Carochi escrita como tal. El resultado es un gran boceto en el que, de forma ordenada, se integran los datos disponibles sobre la personalidad del autor. La conclusión principal que se ofrece al lector interesado, es la necesidad de precisar más el conjunto, de ahondar más en los detalles.

De mayor amplitud es el análisis del *Arte*, realizado en seis epígrafes: a) estructura de la obra; b) fuentes empleadas; c) el interés fonológico; d) morfología y sintaxis; e) derivación y composición, y f) el libro sobre adverbios y conjunciones. Hay que señalar que cada uno de los epígrafes está tratado de forma que el *Arte de Carochi* ocupe su lugar en el contexto histórico en que fue escrito, buscando los vínculos con otras obras y autores. Una vez más, este gran boceto que Miguel León-Portilla ha sabido ofrecernos nos presenta la necesidad de proseguir el estudio.

Destacando la fidelidad de una reproducción facsimilar, para una obra en la que se buscan con tanto cuidado los detalles, y añadiendo la calidad de su estudio introductorio, que tanto ayuda para una valoración y utilización más correcta de la obra, no es necesario señalar otras características para primar sobre las anteriores esta nueva edición de un texto clásico.

BAUDOT, Georges, y Tzvetan TODOROV, Eds.: *Récits Aztèques de la Conquête*. Textes choisis et présentés par Georges Baudot et Tzvetan Todorov. Traduits du Nahuatl par Georges Baudot et de l'Espagnol par Pierre Cordoba. Annotés par Georges Baudot. Editions du Seuil, Paris, 1983. 414 pp. ilustrado.

Cuando en 1959 Miguel León-Portilla publicó su ya clásica *Visión de los Vencidos*, no sólo ofreció al público un relato lleno de fuerza y belleza, sino que también logró llamar la atención de los investigadores sobre un campo, no muy atendido hasta entonces, de la historia azteca y, en concreto, de la conquista de México. Más aún, logró acuñar un término para designarlo.

El libro que ahora presentamos es también una «visión de los vencidos» y, como a su vez, tiene la forma de una antología. Sin embargo, es una obra distinta y tiene un carácter diferente. En vez de componer un único relato, combinando fragmentos de diferentes narraciones indígenas, la obra que aquí tenemos prefiere ofrecer una sucesión seleccionada de relatos indígenas completos que narran un mismo acontecimiento histórico, un mismo drama: la conquista de México. Toda la gracia y toda la fuerza del libro está en esa acertada selección de los relatos y en su ordenación. A través de ellos, y siempre desde un punto de vista indígena, la conquista de México nos es descrita de formas diferentes, dando a su conjunto volumen y una gran riqueza de matices.

Seis son las narraciones seleccionadas y presentadas en una única traducción francesa. Tres de ellas tienen un original en lengua náhuatl: a) el relato incluido en el *Códice Florentino*; es decir, el Libro XII de la *Historia Universal de las Cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún; b) el relato incluido en los *Annales historiques de la nation mexicaine*; es decir, la sección correspondiente de la quinta parte «Historia de Tlatelolco desde los tiempos más remotos», del también llamado *Manuscrito de 1523* o *Manuscrito núm. 22 y 22 bis* de la Colección Aubin-Goupil de la Biblioteca Nacional de París; y c) el relato incluido en el *Codex Aubin* o *Códice de 1576*. La versión francesa de estos textos se debe a Georges Baudot. Las otras tres narraciones tienen un original en lengua castellana: d) el relato incluido en la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo; e) la segunda versión de la conquista incluida en el *Códice Ramírez*; y f) el relato incluido en la *Historia de las Indias de Nueva España e Isla de la Tierra Firme* del Padre Diego Durán. La versión francesa se debe a Pierre Córdoba.

Dos son los responsables de esta selección de textos. Georges Baudot, de la Universidad de Toulouse, II, autor de libros como *Lettres précolombiennes* (1976), *Utopie et Histoire au Mexique* (1977) y *La Vie quotidienne dans l'Amérique espagnole de Philippe II* (1981), y Tzvetan Todorov, investigador del CNRS, conocido semiólogo que últimamente ha entrado en el campo americano con su obra *La Conquête de l'Amérique, la question de l'Autre* (1982). La intención de ambos, al hacer la selección, ha sido ofrecer al gran público un conjunto de textos excepcionales tanto por su valor histórico y mérito literarios, como por su condición única de presentar a nuestros ancestros europeos *viscos desde fuera* (p. 7). Por ello la obra, realizada con todo rigor y seriedad, se ve obligada a mantener ese difícil equilibrio entre la erudición del especialista y la «fácilidad» divulgativa. Clave esencial para obtener tal fin es el prefacio de Georges Baudot, destinado a crear el contexto histórico y etnológico de los textos en conjunto y a presentar cada texto en particular, así como el postfacio de Tzvetan Todorov, análisis y comparación de los relatos tanto al

nivel de sus modalidades narrativas como de los propios acontecimientos narrados.

Récits Aztèques de la Conquête es una obra que no ofrece grandes novedades para el especialista. Su principal virtud radica en la traducción misma de los textos (los de lengua náhuatl, para el lector hispano) y su presentación conjunta, aspecto que casi obliga a reflexionar sobre sus relaciones, semejanzas y diferencias. Reflexión que es favorecida y hasta conducida por los respectivos escritos de Baudot y Todorov. Pero es que la obra está dirigida a un público más amplio y ésa es precisamente otra de sus aportaciones principales.

JESÚS BUSTAMANTE GARCÍA

CARDIN, Alberto: *Guerreros, chamanes y travestis. Indicios de homosexualidad entre los exóticos*. Tutquets editores. Barcelona, 1984, 243 pp.

Un rasgo común de las minorías marginales (feministas, homosexuales, etc.) es la tendencia a utilizar la información etnográfica como instrumento de lucha. Los resultados suelen ser negativos, puesto que los datos pierden toda validez al extraerse de su contexto cultural, aunque conservan la atracción, o la repulsión, de lo «exótico».

La antropología sexológica —especialidad inexistente que, espero, este libro contribuya a crear— me parece un tema de investigación apasionante, si bien debe enfocarse con sumo cuidado, pues se corre el peligro de caer en el sensacionalismo, el panfletarismo o, por qué no escribirlo, en la pornografía pura y dura. Alberto Cardin, al abordar de manera objetiva, científica y valiente una cuestión tan conflictiva, ofrece un buen ejemplo de cómo hay que tratar este tipo de estudios.

La obra, que pretende satisfacer a tirios y troyanos, es decir, a expertos y profanos, se divide entre grandes apartados, que, según el autor, se corresponde con las etapas a seguir en toda investigación antropológica: Descripción (*antología*), interpretación (*miscelánea*) y explicación (*introducción*).

La seriedad en el manejo de la información se extiende a aspectos tan poco atractivos como la estructuración de los datos o el sistema de notación. Conviene, sin embargo, dejar constancia de que, quizá por razones de índole editorial, no se fichan de manera completa las ediciones manejadas. Otro aspecto positivo reside en la inclusión de varios mapas que permiten al lector localizar las diferentes etnias citadas.

Por lo que respecta al marco tempo-espacial, éste es amplísimo, ya que el concepto de «exótico» puede aplicarse sin ninguna violencia a cualquier cultura no occidental. No resulta extraño, pues, ver mezcladas las bandas australianas con las jefaturas malayas y las grandes civilizaciones del Extremo Oriente.

Las notas del autor sobre la actitud europea ante las «aberraciones» de los «salvajes» llevan a una conclusión: La moral europea —victoriana o sadiana— subyace en cualquier análisis del fenómeno. Tanto el corruptor bujarrón de *La Philosophie dans le boudoir* como el pio misionero emplean las costumbres sexuales de ultramar para justificar y defender valores occidentales. Esta postura etnocéntrica condiciona al etnólogo hasta tal punto que éste, consciente o inconscientemente, tiende a identificar homosexualidad y homocerotismo (afecto por las personas del mismo sexo).

Partiendo de un supuesto previo —las relaciones homosexuales, autorizadas

o punidas, existen en todas las sociedades—, Cardín establece tres pautas de conducta homosexual. La primera estaría vinculada a actividades masculinas (*guerreros*), la segunda tendría un carácter mágico-religioso (*chamanes*) y la tercera englobaría fenómenos de travestismo —adopción de ropas y *status* femeninos— ligados a factores económicos (*travestis*). El título del libro, como puede verse, se adapta perfectamente a las ideas expuestas en él.

La segunda parte, la más atractiva para el lector no especializado, consiste en una antología de textos. El rasgo más llamativo de la selección reside en la heterogeneidad de las fuentes utilizadas. La mezcla de clásicos greco-latinos, fabulistas orientales, cronistas de indias y etnólogos de las más variadas tendencias da a las páginas de *Guerreros, chamanes y travestis* una frescura y una vivacidad infrecuentes en la literatura antropológica.

Desgraciadamente, la miscelánea final no alcanza la brillantez del apartado central. Los dos capítulos de *The Mystic Rose*, del comparativista británico E. Crowley, y los dos cursos del profesor ovetense R. Valdés del Toro son piezas maestras de lo que se ha dado en llamar antropología de gabinete. Hay en ellos una gran erudición etnográfica; pero las hipótesis interpretativas no resisten la más ligera crítica.

La lectura del brillante trabajo de Cardín debería hacer reflexionar a todos aquellos que explotan a los «salvajes» con fines partidistas. La homosexualidad, tal y como se concibe en la civilización occidental, es un fenómeno único que posee poca o ninguna semejanza con las conductas descritas en el libro comentado. Más aún, si se analizan los textos con detalle, muchos hechos supuestamente homosexuales dejan de serlo. Veamos dos ejemplos.

La pareja de varones *dayac* que duerme junta, muestra su afecto con caricias y pasea tiernamente abrazada bajo la luz de la luna reúne todos los requisitos para ser considerada «amaricada». Ahora bien, tal interpretación responde a criterios eurocentristas y, por lo tanto, falsos. La antinatural fobia de la cultura judeo-cristiana por los gestos corporales de afecto —sobre todo entre adultos del mismo sexo (*homolilia*)— debe considerarse una excepción de la regla. El «amor griego», muy extendido por todo el planeta, no sería, pues, atracción sexual, sino amistad, camaradería y compañerismo.

La *aureola de homosexualidad* que envuelve la figura del *chaman* tampoco se ajusta a la realidad. La base del chamanismo reside en la introyección por parte del individuo de un espíritu macho o hembra. La posesión obliga al hechicero a adoptar el *status* del ser que le posee, dado que de no hacerlo éste le causaría la muerte. Así pues, sólo se producirá inversión sexual cuando el espíritu sea femenino. Por otra parte, Cardín sólo se refiere a los varones, pero sabemos que también las féminas practican esta especialización religiosa. ¿Acaso son lesbianas? Al parecer, las exigencias del mundo sobrenatural afectan por igual a hombres y mujeres.

Personalmente, pienso que el chamanismo ural-altaico y de la América septentrional más que institucionalizar la homosexualidad, normaliza las relaciones del enfermo psíquico con la sociedad. Los trabajos de G. Devereux, G. Roheim y otros etnopsiquiatras indican esta dirección.

Creo que basta con lo expuesto para confirmar la idea de que los occidentales han tildado de homosexual conductas que responden a otras motivaciones.

Cardín es consciente de la complejidad del fenómeno y, por eso, prudentemente, incluye en el subtítulo del libro el término «indicios».

La obra tiene un valor indiscutible; pero a mi entender se limita a la descripción. Dicho con otras palabras, el autor no hace antropología sino etnografía. Nos encontramos, pues, ante un trabajo preliminar, semejante a lo que Engels definía en su *Antiduring* con el intraducible vocablo *Sichtung*. Cardín

pasa «revista» al material y lo clasifica. Aunque hay una tímida tendencia a la interpretación, *Guerreros, Chamanes y travestis* no alcanza, desde luego, el nivel explicativo. Un intento de este tipo debería analizar el fenómeno etnia por etnia, buscando sus motivaciones sociales, económicas o ideológicas. El *quid* de la cuestión reside en saber si un estudio etnológico de la homosexualidad es posible. Yo opino que hay dificultades insalvables, pero...

La aparición de *Guerreros, chamanes y travestis* —obra que defiende a capa y espada los principios antropológicos de universalidad, objetividad y relativismo cultural— contrasta vivamente con la antropología decimonónica y subjetivista que fomentan las autoridades hispanas, empeñadas, al parecer, en convertir a las ciencias sociales en dóciles instrumentos del poder político.

GERMÁN VÁZQUEZ CHAMORRO

CRÓNICAS DE AMÉRICA, Historia 16, Madrid.

En el mes de octubre de 1984 han visto la luz los primeros cuatro volúmenes de *Crónicas de América*, ambiciosa colección auspiciada por *Historia 16*, y dirigida por don Manuel Ballesteros Gaibrois.

Aunque pueda enmarcarse dentro de los esfuerzos destinados a conmemorar el V Centenario del Descubrimiento de América, esta colección va más allá: pretende poner al alcance de todos las gestas realizadas en el Nuevo Mundo, por conquistadores e indígenas, de forma que el lector se aperciba de lo que en América ocurrió. Y para que este contacto se produzca, nada mejor que dejar la palabra, en este caso escrita, a los auténticos protagonistas.

Las fuentes para la Historia de América deben dejar de ser patrimonio exclusivo de los historiadores. No debemos guardar, egoístamente, para nosotros estos tesoros, sino ponerlos al alcance de todos, permitir que cualquiera pueda acompañar a Cabeza de Vaca en su periplo por el sur de los actuales Estados Unidos, sufrir angustias con Orellana en el Amazonas, o sentirse un héroe viviendo la epopeya de la conquista de México con Bernal Díaz del Castillo. Este último reflejó acertadamente su asombro:

«...nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamientos que cuentan en el libro de Amadís...»

(Bernal Díaz: *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*, Crónicas de América, vol. II: 310-311.)

La realidad supera la ficción en muchos casos, y aunque el final esté en parte anticipado, al ser el autor protagonista de lo que está narrando, no por eso dejan de admirarnos sus vicisitudes.

Al valor de testimonio histórico de las obras que se publican, hay que añadir el goce que su lectura supone. La procedencia de los autores es muy diversa, y aunque ejercer el arte de la escritura en el siglo XVI era ya síntoma de cultura, no todos tuvieron la misma educación. La fuerza del estilo es, a veces, tanta que algunos de nuestros cronistas han llegado a ser considerados autoridades de la lengua española por la Real Academia, como es el caso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (Introducción a *Naufragios y Comentarlos*, *Crónicas de América* 3: 28).

La diversidad de los medios y circunstancias que se describen bastarían por sí mismas para garantizar la variedad, pero a ella se aúna la génesis de las obras: su estímulo y confección. Entre los «escritores de Indias» hay soldados que reflejan sus avatares para conseguir prebendas, hay oficiales de la Corona que cumplen las órdenes de la superioridad, hay frailes que relatan los

progresos de la cristianización, y en todos ánimo de dejar constancia de lo que allí estaba pasando, de lo que se había perdido y lo que quedaba. Hay relatos que se fueron realizando sobre la marcha, como la *Crónica del Perú* de Cieza de León (vol. IV), mientras otros fueron escritos decenas de años después de ocurrir los hechos que relatan, como la *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo (vols. IIa y IIb), en la que el autor trató de destacar el papel que la hueste tuvo al lado de Cortés en la conquista de México, rebajando el protagonismo absoluto que le había concedido López de Gómara. En todas ellas el sustrato indígena es bien representado. La minuciosidad descriptiva de todos ellos, viajeros, administradores, conquistadores o frailes es impresionante. Su calidad hace que sean fuente de primera importancia para los antropólogos interesados en las culturas prehispánicas. Las mismas personas que eliminaron los códices indígenas, en el caso de Mesoamérica, nos legaron el sustituto, siendo el caso más destacado el del obispo Diego de Landa, protagonista del Auto de Fe de Maní, en el que quemó gran cantidad de códices mayas, que nos dejó su *Relación de las Cosas de Yucatán* (vol. VII).

Se ha discutido si el afán de destacar las propias proezas no hizo que sobrevaloraran lo que veían, tanto hombres como tierras. La realidad física y humana es tan impresionante que no necesitaron este artificio, y el destinatario último de las obras, el rey de España, imponía tanto respeto que pocos osarían engañarle. La coherencia de las descripciones de diferentes autores aboga por la veracidad de todas ellas. Un acierto más lo constituye la inclusión de obras indígenas, en las que los habitantes de América y sus descendientes tienen la palabra, unos aliados con los vencedores, y otros como vencidos.

El arranque de la colección no ha podido ser más acertado: cuatro autores distintos, cuatro historias, cuatro intereses y cuatro estilos diferentes.

El volumen I está dedicado al descubridor, Cristóbal Colón, en la historia que de él escribió su hijo (Hernando Colón, *Historia del Almirante*, edición de Luis Arranz).

El II, en dos tomos, a la prolija narración de la conquista de México, hecha por un protagonista directo y minucioso observador, obra que merece ser considerado un clásico del género de aventuras (Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, edición de Miguel León Portilla).

El III, el relato de un viajero empedernido, descubridor en el Norte y el Sur (Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*, edición de Roberto Ferrando).

El IV está dedicado al «príncipe de los cronistas», al legendario Perú descrito por la joven pluma de Pedro Cieza de León (*La Crónica del Perú*, edición de Manuel Ballesteros).

La conquista de los dos más importantes imperios indígenas, la aventura del descubrimiento y uno de los más sorprendentes viajeros de la historia de España en el Nuevo Mundo están ya al alcance de todos cuantos quieran conocer la realidad de América en el momento del contacto, de fecha diferente en cada rincón del continente, quienes sientan curiosidad por las historias de su pasado, y los que deseen saber de la conquista tal como la vieron los protagonistas de uno y otro lado, sin olvidar el mestizaje físico y cultural.

De estas obras, y las que seguirán (ya están listos los cuatro siguientes: número 5, Pedro Cieza de León, *El Señorío de los Incas*, edición de Manuel Ballesteros; núm. 6, *Visión de los Vencidos*, Crónicas Indígenas Mexicanas, edición de Miguel León Portilla; núm. 7, Diego de Landa, *Relación de las Cosas de Yucatán*, edición de Miguel Rivera, y núm. 8, Jacinto de Carvajal, *Descubri-*

miento del Río Apure, edición de José Alcina), surge América como una realidad nueva, un auténtico crisol en el que se funden dos fuertes corrientes, una autóctona y otra externa. El conocimiento de esta realidad nos irá invadiendo paulatinamente, mientras exploramos selvas con Orellana o Carvajal, viajamos con Cabeza de Vaca de un extremo a otro del continente, nos afanamos con Cieza o vivimos la conquista de México, ora con Bernal Díaz, ora con los últimos focos de resistencia en Tlatelolco, la ciudad gemela de la capital azteca.

Los amantes de la historia y de la cultura se darán la mano con los entusiastas de la aventura y la epopeya en la lectura de estos clásicos universales.

El acierto editorial no se ha reducido a lanzar la colección, sino que ha cuidado todos los detalles. El indudable interés de los contenidos ha sido apoyado por la atracción de la forma, justa y equilibrada. El tamaño es el preciso para permitir la lectura en todo momento y lugar, y los tipos tienen la dimensión suficiente para no componer páginas abigarradas que repelan el adentrarse en ellas.

Todo está a punto para que quinientos años después del comienzo de la aventura, compartamos las vicisitudes, las proezas y las villanías de un momento estelar e irreversible de la historia de la humanidad.

JOSÉ LUIS DE ROJAS

GUSSINYER I ALFONS, Jordi: *Los aztecas. Un pueblo de guerreros*. Publicacions e edicions de la Universitat de Barcelona. Barcelona, 1984, 142 pp. + ilustraciones.

Una breve ojeada a la bibliografía americanista de las dos últimas décadas basta para comprobar el escaso interés que la cultura mexicana ha despertado en los investigadores españoles. Dejando a un lado los trabajos sobre las fuentes escritas para la historia del México antiguo —que no pueden considerarse aztequistas *strictu sensu*—, el número de artículos que abordan la problemática socioeconómica o ideológica tenochca no rebasa la docena. *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* es, pues, el primer libro español dedicado íntegramente a la esplendorosa civilización mexicana. Ahora bien, la obra del doctor Gussinyer, pese a su carácter pionero, no puede considerarse como un hecho aislado dentro del americanismo español. Indica —y me satisface señalarlo— un cambio profundo en los intereses de los prehispanistas españoles, comprometidos durante mucho tiempo con la arqueología y la etnohistoria colonial de los pueblos mayas. Mis felicitaciones al doctor Gussinyer y a la Universidad de Barcelona por hacerse eco de este movimiento renovador, cuyos resultados pueden ser espléndidos, siempre y cuando la Administración Pública preste el soporte material adecuado.

En relación con el contenido del volumen hay varios aspectos que merece la pena discutir. El primero de ellos es de índole teórica. En principio, el trabajo debería incluirse en el campo de la Etnohistoria, pero, dejando a un lado la polémica sobre dicha disciplina, resulta evidente que si aplicamos la definición más usual de Etnohistoria (combinación de teorías e intereses etnológicos con métodos de investigación históricos) la obra del profesor Gussinyer no puede calificarse de etnohistórica. Tampoco presenta rasgos que permitan adscribirla a alguna de las corrientes de la historiografía moderna (historia cuantitativa, demográfica, etc.). La relativa ausencia de explicaciones, interpre-

taciones o conceptos teóricos, unida al marcado tono épico y dramático de las páginas del libro, invita a suponer que nos encontramos ante una obra de historia factual, narrativa, política o, si se prefiere emplear la jerga de los historiadores, *acontecimental*. De hecho, el predominio de lo descriptivo sobre lo interpretativo y una redacción de matiz literario siempre son elementos claves de la historia *acontecimental*. La historia política tiene mala prensa entre los historiadores y antropólogos, pero, como tantas otras especialidades, ha sido criticada con demasiada ligereza. Hoy en día, los científicos sociales son cada vez más conscientes de la necesidad de tener en cuenta la historia tradicional, despojada, claro está, de sus lastres decimonónicos. Guste o no, determinados hechos sólo poseen una explicación política. Muchos conflictos tienen su origen en razones de índole psicológica o superestructural y escapan al dominio de lo material. El investigador debe ser consciente de tal realidad, pues de lo contrario corre el grave riesgo de caer en el materialismo vulgar.

Los aztecas. Un pueblo de guerreros es, desde este punto de vista, una obra importante para los estudiosos del México antiguo, puesto que hace hincapié en el aspecto «político» del desarrollo de la sociedad tenochca. Pese a la importancia crucial del tema, pocos autores —Nigel Davies sería la excepción de la regla— se han atrevido a penetrar en el campo de la historia política azteca. La elección del tema me parece uno de los aspectos más destacables del libro.

Otras aportaciones notables de la obra residirían en el hecho de remarcar los rasgos chinimeca del grupo mexica en detrimento de los aspectos mesoamericanos, o en dividir la peregrinación de los *atlacachichimeca* en dos periodos. La estructuración de la época presedentaria en dos etapas —la primera abarcaría desde la salida de Aztlan hasta la llegada al Valle de México, y la segunda, los años de vagabundeo por las ciudades de la laguna— permite diferenciar lo fantástico de lo real, lo mítico de lo histórico.

Sin embargo, el doctor Gussinyer cae en algunos de los tópicos de la Mesoamericanística. Así, me parece del todo incorrecta la fuerte dicotomía que establece entre las culturas del Altiplano —militaristas, centralistas e imperialistas— y las de las Tierras Bajas —descentralizadas y pacifistas—. Las páginas de una *recensión* no son el lugar adecuado para exponer las razones que me mueven a rechazar la hipótesis del profesor barcelonés. Baste con señalar, a modo de muestra, que los dioses agrícolas no sólo se adoraban en la costa, sino también en la meseta.

El doctor Jacques Soustelle ha demostrado de manera magistral en *El universo de los aztecas* que la religión del México central fue el producto de la constante interacción entre los bárbaros chichimeca del Norte y los agricultores sedentarios del Altiplano. Este largo proceso de transculturación —consciente unas veces, inconsciente otras— se plasmó, material y simbólicamente, en el *Teocalli* Mayor de Tenochtitlan, residencia conjunta del sangriento Huitzilopochtli y del arcaico Tlaloc, señor de las aguas. Por otra parte, el autor de *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* se contradice al afirmar en la página 55 de la obra que Huitzilopochtli logró imponerse finalmente a los restantes *culpulteteo*. Lógicamente, las deidades subordinadas deberían relacionarse con actividades bélicas o cazadoras, pero, cosa curiosa, el investigador catalán cita a Xochiquetzal y a Xipe-Totec. ¿Cómo explicar la presencia de dos deidades agrarias y, por lo tanto, «costeras» en el panteón de un grupo cuyo hogar se encontraba en la ardiente y lejana «Tierra Divina»¹. Más aún, si existe una dicotomía tan radical, ¿por qué Huitzilopochtli se llamaba, según el doctor Gussinyer, Huitzilopochtli-Quetzalcoatl-Tlaloteuctli?².

¹ Los mexica denominaban *teotlalli* a las áridas estepas septentrionales.

² Esta información no se encuentra en ninguna fuente. Por otra parte, resul-

El tratamiento que la conquista castellana de 1521 recibe en las páginas de *Los aztecas. Un pueblo de guerreros cae*, asimismo, dentro de las fronteras del tópico. No creo —y esto es una opinión personal— que el historiador, el etnólogo o el arqueólogo deba tomar postura o comprometerse ante los hechos que estudia. El análisis frío y racional de cualquier fenómeno social —sobre todo si es tan delicado como la empresa cortesiana— siempre se acercará más a la objetividad científica —utopía necesaria, aunque difícil de alcanzar— que una visión apasionada. La subjetividad de que hace gala el doctor Gussinyer al abordar el espinoso tema de la conquista impregna todas y cada una de las páginas del capítulo correspondiente, dotándole de un espíritu romántico e indianista poco acorde con el carácter académico del resto del volumen. Este subjetivismo me parece uno de los grandes errores del libro.

No basta con calificar la acción de los hombres del Pendón Carmesi de vandálica o bárbara, ni con ironizar sobre la viruela, «uno de los obsequios que los conquistadores hicieron al nuevo continente» (p. 134). Tampoco me parece suficiente reproducir las láminas más crueles del *Lienzo de Tlaxcala*, anotándolas con ácidos comentarios, o incluir la fotografía de un indígena enterrado con grilletes³. El historiador debe explicar —que no justificar— la conducta de ambas partes. Para ello, hay un único camino: la lectura cuidadosa de los diferentes documentos que refieren la caída de Tenochtitlan. Sólo así las «raapiñas, saqu coastos, destrucciones y matanzas» dejan de ser crímenes contra la humanidad para adquirir sus verdaderas dimensiones: los actos, racionales o irracionales, de un reducido grupo de seres humanos que se aferraban desesperadamente a la vida. La masacre efectuada por Pedro de Alvarado durante la fiesta del *Toxcatl*, por ejemplo, se debió más al temor y al desconocimiento de las costumbres nativas que a la codicia. Quien esto nos dice no puede calificarse de ferviente «malinchista», sino de todo lo contrario. Bernardino Vázquez de Tapia, y de ello dejó clara constancia en su *Relación de méritos y servicios*, fue uno de los más acerbos detractores del *tándem* Cortés-Alvarado. Otro autor, el tetzcocano don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, vio en los sangrientos sucesos del *Toxcatl* la oculta mano del tlaxcalteca Xicontecatl.

El nítido anticortesianismo del mexicanista barcelonés lleva a posturas muy alejadas de la realidad histórica, ya que ni los españoles fueron tan malvados como pretende el doctor Gussinyer, ni los azteca víctimas tan inocentes. No hace falta poseer profundos conocimientos para poner en duda la «buena voluntad» del pueblo tenochca, empeñado, según el autor, en «llegar a soluciones beneficiosas para las dos partes» (p. 134). ¿Los pactos de Motecuhzoma con Narváez y las prácticas de magia negra conducían a la paz o buscaban, simple y llanamente, el exterminio de la hueste hispana? A primera vista, la conducta del *tlatoani* mexica parece el fruto de una personalidad pacífica y reflexiva, pero tal hipótesis resulta difícil de aceptar cuando se conoce la trayectoria vital del antiguo *tlamacazqui*, un hombre duro como la obsidiana y decidido como el águila. De acuerdo con la tesis de la malograda investigadora germana Anncharlott Eschmann, expuesta en *Das Religiöse Geschichtsbild der Azteken*, la explicación de semejante incógnita reside en la identificación

ta difícil aceptar que Xipe-Totec recibiera adoración durante la migración, pues cualquier manual de religión azteca, como la ya citada obra de Soustelle, recoge el dato de que los sumos sacerdotes de Tenochtitlan —denominados *Quetzalcoatl-Totec-Tlamacazqui* y *Quetzalcoatl-Tlaloc-Tlamacazqui*— lo importaron del salvaje y lejano Yopitzinco.

³ Desde luego, el citado personaje no tiene nada que ver con el pueblo mexica, pues su cráneo estaba deformado, mutilación intencional no practicada en Tenochtitlan.

de Cortés con Quetzalcoatl. Si el extremeño es el mítico rey-sacerdote de Tula, entonces Motecuhzoma II *Xocoyotzin* se transforma en su mortal enemigo, Huemac. Si a lo expuesto se añade que la psiquis mexicana jamás habría aceptado una relación igualitaria con los advenedizos *castilteca*, resulta imposible, se mire por donde se mire, admitir que los dueños del Anahuac recibieran con «buena voluntad» a los recién llegados.

Ahora bien, *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* incurre en errores muy serios. Algunos se deben a una redacción confusa; otros, por el contrario, no tienen ninguna justificación. Para no alargar en exceso estas breves notas, me limitaré a presentar dos de ellos.

En la página 90, el doctor Gussinyer señala que el *telpochcalli* y el *calmecac* eran «lugares en los que se educaban a los niños que más adelante serían los encargados de dirigir o realizar determinadas ceremonias religiosas». Tal afirmación puede ser válida para los nobles educandos del *calmecac*, quienes recibían una sólida formación religiosa que los capacitaba para seguir, si lo deseaban, la carrera religiosa; pero, desde luego, no sirve para los alumnos plebeyos del *telpochcalli*. Difícilmente una sociedad tan puritana aceptaría como directores espirituales a unos jóvenes que, al decir de Fray Bernardino de Sahagún (*Historia general de las cosas de la Nueva España*, lib. III, cap. V), «no tenían buena vida, por ser amancebados y osaban decir palabras livianas y cosas de burla, y hablaban con soberbia y osadamente».

Más adelante (p. 114), el autor nos informa de que Ahuizotl construyó un suntuoso palacio. Nadie duda que el *tlacatecuhtli* mexicana fuera lo que un escritor del siglo XVI llamaría «gran republicano», más la erección del edificio en cuestión —el cual, por cierto, sirvió de cuartel a los barbudos popoloca de Cortés— se debió a Axayacatl. Motecuhzoma II, considerándolo indigno de su grandeza, mandó levantar un nuevo *tecpan*, aquel que Bernal Díaz describiría con admiración en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

En relación con la parte formal de *Los aztecas. Un pueblo de guerreros*, tanto el editor como el autor se han preocupado muy poco del libro.

En primer lugar, el corrector ha efectuado un trabajo que deja mucho que desear, pues el texto está plagado de erratas. Así, los veintisiete fallos tipográficos se elevan a más de setenta en una primera lectura.

En segundo lugar, los vocablos *nahua* se manejan con una liberalidad que raya casi en la anarquía. No sólo porque sufren la acción de un tipógrafo que podría considerarse descendiente legítimo de los rudos soldados-cronistas, sino también porque el doctor Gussinyer no ha seguido un criterio único en el tratamiento de los mismos. Las formas plurales se transcriben indistintamente bien en correcto *nahuatl* (mexicâ, mexitîn, etc.), bien castellanizadas (mexicas, mayequés, etc.). Igual sucede con los topónimos, reproducidos con sus más variadas grafías (Tulanzingo, Tulancinco o Tollantzinco; Tetzoco o Texcoco, etcétera). La traducción de los nahuatlismos también se aleja de la ortodoxia lingüística. Por ejemplo, el autor traduce *teohuatzin* como «el sacerdote de la región de las espigas» (p. 101), lo cual es del todo incorrecto, ya que el sustantivo *teotl* (dios) combinado con el sufijo posesivo singular *hua* y el reverencial singular *zin* significa literalmente «reverendo poseedor de Dios», i. e., «reverendo sacerdote».

Pocos mexicanistas se aventuran por los recónditos vericuetos de la lengua *nahuatl*, pero su aprendizaje resulta imprescindible, puesto que, además de que una gran parte de la información está redactada en el idioma de Tenochtitlan, el único método válido para abordar la realidad cultural tenochca es el histórico global. La combinación de arqueología, lingüística e historia propor-

ciona un enorme y rico banco de datos. La lengua *nahuatl* —nunca se insistirá bastante en ello— resulta requisito imprescindible para cualquier mexicanista. Desgraciadamente, pocos son los que se interesan por tal actividad.

Finalmente, creo conveniente hacer algunas observaciones sobre el sistema de citas utilizado en *Los aztecas. Un pueblo de guerreros*. Aunque existen varios criterios de notación, todos manejan —el rigor científico así lo estipula— cinco elementos como mínimo: autor, título de la obra, editorial, año y página. El doctor Gussinyer, por el contrario, se limita a recoger los dos primeros, lo cual siempre es criticable, pero mucho más si los autores citados no aparecen en la bibliografía final. Además, la fiabilidad de las crónicas virreinales —exhaustivamente manejadas por el profesor catalán— depende en gran medida de su editor, quien puede destruirla al efectuar una traducción deficiente, una mala transcripción paleográfica o cualquier otra modificación. El benemérito don Joaquín García Icazbalceta, por ejemplo, no titubeó en sacrificar la *Relación* del Conquistador Anónimo en el altar de la moral decimonónica, eliminando meticulosamente las observaciones sobre la vida sexual de los moradores de Tenochtitlan.

Aun admitiendo que el autor se planteara la elaboración de un ensayo —cosa que no creo—, el tipo de referencias sigue siendo erróneo. Cuando el meso-americanista barcelonés transcribe una cita y la anota *Informantes de Sahagún*, CMrah, el lector introducido en la materia sabe que el doctor Gussinyer remite al *Codice Matritense* de la Real Academia de la Historia. Pero cuando se lee *Colección de Cantares Mexicanos*, BNM, surge la duda. ¿Qué fuente maneja el antiguo arqueólogo del INAH? ¿El manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de México? ¿El ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid? ¿La reproducción facsímil de Jaime Peñafiel? ¿La traducción del doctor Angel M.^a Garibay Kintana? Por otra parte, debo recordar que *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* no está destinado exclusivamente a especialistas, sino al gran público, pues una breve reseña del libro apareció en uno de los diarios de mayor tirada de la capital de España. La divulgación es la tarea más delicada y compleja de la actividad científica. Exige un lenguaje diáfano, ideas claras y, sobre todo, un cuidadoso trato de las fuentes, ya sean éstas históricas, arqueológicas u orales. Por todo ello, el doctor Gussinyer debería haber efectuado citas completas.

Las últimas observaciones que me gustaría hacer se refieren a la bibliografía y al apéndice gráfico. La bibliografía o, mejor dicho, la orientación bibliográfica presenta, como era de suponer dado el espíritu del volumen, un predominio de la historia política, aunque el autor no ha olvidado incluir autores de la talla de Pedro Carrasco, Johanna Broda o Friedrich Katz. Hay, sin embargo, ausencias notables, destacando *The Aztecs of Central México: an Imperial Society* de la doctora Frances Frei Berdan, uno de los mejores libros que se han escrito sobre los mexica. Y, también, repeticiones notables, pues se citan los dos trabajos de Alfonso Caso relativos a la ideología mexica, siendo el segundo (*El pueblo del Sol*) una revisión del primero (*La religión azteca*). Asimismo, volviendo al tema de las crónicas, no entiendo el criterio que sigue el doctor Gussinyer para seleccionarlas, pues, además de incluir muy pocas, algunas son muy poco representativas. Las ilustraciones incluyen reproducciones de códices, fotografías tomadas *in situ* durante las excavaciones efectuadas en el metropolitano de México, D. F., y mapas. El material del metro, inédito en su mayor parte, constituye otra de las grandes aportaciones del libro. Los mapas, por el contrario, han sido tomados de la magnífica obra de Nigel Davies, *Los aztecas*, aunque el doctor Gussinyer no cite su procedencia.

Trabajo con notables aciertos y bastantes errores, *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* da la impresión de haber sido escrito rápida y apresuradamente, fun-

diendo en sus páginas notas de lecturas, hipótesis y apuntes docentes. Siempre es de lamentar las presiones de toda índole que cualquier investigador recibe, ya que influyen negativamente en su investigación. Estoy seguro de que, si el doctor Gussinyer hubiera efectuado una segunda lectura del manuscrito, mucho de lo arriba escrito habría sido innecesario.

No querría finalizar estas líneas sin dejar constancia expresa de mi admiración por el doctor Gussinyer, quien, trabajando en pésimas condiciones y a contrarreloj, efectuó en el subsuelo de México, D. F., una excavación que se puede considerar modélica.

GERMÁN VÁZQUEZ CHAMORRO